

ALDEA  
LITERARIA

# El pianista sin rostro

CHRISTIAN GRENIER



**ALDEA  
LITERARIA**

**El pianista  
sin rostro**  
CHRISTIAN GRENIER

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Valeria Castelló Joubert

Correctora: Cecilia Biagioli

Coordinadora de Arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Dinamo

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Grenier, Christian

El pianista sin rostro . - 2a ed. 1a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2015.  
128 p. ; 20x14 cm. - (Aldea literaria)

Traducido por: Valeria Castello Joubert  
ISBN 978-950-753-398-3

1. Narrativa Francesa. 2. Novela. I. Castello Joubert, Valeria, trad.  
II. Título  
CDD 843

Título original: *Le pianiste sans visage*

By Christian Grenier

Series: Rageot Metis

© Rageot Éditeur - Paris, 1995-2003

ISBN: 9782700229707

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2014

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone de la Ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-398-3

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Segunda edición, primera reimpresión.

Esta obra se terminó de imprimir en agosto de 2015, en los talleres de Cosmos Print, Edmundo Fernández 155, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.

# El pianista sin rostro

CHRISTIAN GRENIER

“Una historia nunca es simple.  
Un hecho no existe al desnudo.  
¿Y si hubiera tantos  
acontecimientos  
como individuos?”  
*La chica de 2.º B*

*Nota del autor:* si bien los retratos de Oscar Lefleix y de Amado Riccorini son imaginarios, los nombres de todos los otros compositores y músicos son, por supuesto, auténticos.



## Una noche de concierto

Era sábado 1.º de octubre. Me acuerdo de esa noche como si fuera ayer. Acababa de terminar los deberes para el lunes. Hasta le había pedido a Mutti que revisara mis ejercicios de alemán. Pero se negó a mirarlos:

—Hija, estás en segundo año. ¡Y con el señor Schade, gracias a Dios! No te ayudaré de ninguna manera. En alemán, a partir de ahora, te las arreglarás sola.

Mutti es profesora de alemán en el Chaptal. El año pasado, estaba en su clase. Siempre tenía las mejores notas. Claro, mis compañeros se burlaban: “Con una madre alemana, las cosas son más fáciles. Y si encima es tu profesora en el colegio...”. Yo respondía que la señora Lefleix no era, en verdad, mi madre. Y que, además, no me ayudaba.

¿Era culpa mía si hablaba alemán tan bien como francés? En casa, Mutti se comunica indiferentemente en estos dos idiomas.

Esa noche, entonces, justo después de la cena, estaba a punto de mirar la revista con la programación de la tele, cuando sonaron tres golpes en la puerta: era Oma.

Entró blandiendo un pequeño tique rosa:

—¿Alguien quiere ir a un concierto esta noche?

Florent, mi medio hermano, se arrojó sobre ella:

—¿Qué es? ¿Rita Mitsouko?<sup>1</sup> ¿Phil Collins?

Oma se encogió de hombros.

—¿Por qué no Los Beatles? Pero no, tonto. Es un concierto de piano. Del célebre Amado Riccorini.

¿Célebre? No para todo el mundo. Era la primera vez que oía hablar de él.

—¿Cuántos lugares tienes, mamá? —preguntó Mutti.

—¡Ay, uno solo! ¿Por qué no vas, Grete?

Mutti esbozó una sonrisa crispada que nadie más que yo pudo traducir.

—¿Y tú, mamá, por qué no vas? —contestó.

—¡Oh, esta noche, en el canal 6, pasan de nuevo *Un amor de verano!* —dijo Oma con entusiasmo.

Esta vez me tocó a mí poner mala cara. No tengo nada contra las series edulcoradas. Pero ante la idea de quedarme tres horas en compañía de Oma frente al televisor, la lectura de *Germinal* “obligatoria antes de fin de mes”, como había especificado la profesora de Lengua esa misma mañana, se volvía incluso una perspectiva agradable<sup>2</sup>.

La verdad es que Oma no sabe callarse. Condimenta cada película con sus comentarios imparables: “Ah... ¡Es maravilloso! Qué conmovedor... ¿Pero por qué le ha dicho eso si, en el fondo, la ama, no? La verdad, es una exagerada, ¿no les parece?”. Con ella, es inútil seguir la acción en la pantalla: Oma reemplaza de una vez la imagen y la banda de sonido.

Oma es la mamá de Mutti, es decir, algo así como mi abuela. Vive en el pequeño monoambiente que está pegado a nuestro departamento. Se niega a comprar esa “boba caja de imágenes”. Pero cuando un programa le interesa, enseguida se aparece en casa. Eso sí, no más de una vez por semana. Pero siempre la noche en que Mutti y yo queremos ver algún programa preciso. Y nunca el que Oma eligió.

<sup>1</sup> Rita Mitsouko es un dúo pop francés, cuya música retoma ciertos elementos punk. (N. de la T.)

<sup>2</sup> *Germinal* es una de las novelas más famosas del célebre escritor francés del siglo XIX Émile Zola, creador del naturalismo. (N. de la T.)

—¿Pero por qué has comprado esa entrada? —preguntó Mutti.

—No la compré: ¡la gané! La semana pasada, fui una de las tres primeras auditoras en llamar a France-Musique... Sabes, al programa *Una noche de concierto*.

Oma es una fanática de los concursos. Les dedica la mayor parte de su tiempo. Así es como ganó una cantidad de premios inverosímiles (como, por ejemplo, el año pasado, un viaje para dos personas a las Islas Baleares).

Vuelvo a ver el pequeño tique rosa sobre la mesa ratona de la sala. Recuerdo mi vacilación. No duró mucho:

—Y bueno, yo iría con gusto.

Mutti arqueó las cejas. Hasta Oma parecía sorprendida.

—¿Es música clásica, Jeanne! —le pareció necesario aclarar.

—¿Y además, con quién irías?

—¡Pero... no necesito a nadie!

—¿Por qué crees que voy a dejarte ir y volver sola en subte? ¿De noche? ¿A los quince años? ¡Imposible!

Si uno le creyera a Mutti, habría doscientas agresiones por día en París. Particularmente, en el subte. Sobre todo, por Place de Clichy, donde vivimos.

—Voy contigo. Pero cámbiate, por favor. No se va a los conciertos en vaqueros.

Se apoderó de la entrada y, luego, del teléfono. Pero al cabo de un minuto, cortó, decepcionada:

—No hay más entradas. No importa, te acompaño. Son sólo cinco estaciones de subte. Corregiré deberes en un café hasta que termine el concierto.

No sé si mis compañeros de clase se dejan acompañar así por su madre cuando les toca salir de noche. No lo sé, tanto menos cuanto que en verdad, no tengo amigas. Supongo que es el premio de los hijos de los docentes.